

Acerca de la importancia de la lengua para la historia natural del ser humano

On the Importance of Language for the Natural History of Man

August Schleicher*

Las líneas siguientes fueron presentadas ante un pequeño círculo privado aquí en Jena, con algunos agregados y comentarios que el momento ponía al alcance de la mano. Si publico ahora esta pequeña conferencia, es fundamentalmente debido a que aquí he intentado despejar un reparo que se ha opuesto en repetidas ocasiones a mi pequeño escrito *La teoría de Darwin y la lingüística*, Weimar, 1863. Lo que se me disputa es el derecho a tratar las lenguas como existencias materiales, como seres reales de la Naturaleza, tal como en efecto lo había presupuesto allí sin mayor fundamentación. Que sin embargo realmente lo son, eso es lo que procuro demostrar aquí por sobre todo. Así, el siguiente puede ser considerado un apéndice complementario al mencionado escrito. Puesto que no puedo dar por descontado que cada lector de estas páginas lo tenga en sus manos, he debido dar expresión una vez más a algunas cosas de las allí dichas.

Con respecto a la p. 6, línea 6 y sigs. del opúsculo *La teoría de Darwin y la lingüística*, lamentablemente he omitido añadir una precisión de lo allí dicho, que ahora me permito anexar. En el sitio mencionado debe interpolarse: “Se entiende que aquí se habla solamente de las Ciencias Naturales llamadas descriptivas. El significado que la vía apriorística, matemática, tiene para la astronomía y la física, no puede naturalmente ser puesto ni remotamente en cuestión”.

Jena, fines de diciembre de 1864.

Aug. Schleicher

Difícilmente aún hoy en día ponga en duda un estudioso de la Naturaleza que la tarea de cualquier órgano, de los órganos digestivos, de las glándulas, del cerebro, de los músculos, etc., no sea independiente de la constitución de ese órgano. El andar de los distintos animales, por ejemplo, incluso las diversas formas de caminar de los individuos específicos entre los hombres están manifiestamente condicionadas por la diversidad en la complexión de las partes del cuerpo ocupadas en el andar. La tarea, la función de los órganos es por así decirlo solo una forma de la manifestación del órgano mismo, aún cuando tampoco es dado al cuchillo y al microscopio del investigador mostrar la causa material para cada manifestación. Del mismo modo que, por ejemplo, con el andar, sucede también con la lengua. La lengua es el síntoma auditivamente perceptible del quehacer de un complejo de relaciones materiales en la formación del cerebro y de los órganos lingüísticos con sus nervios, huesos, músculos, etc.¹ Sin embargo, la base material de la lengua y sus diferencias no ha sido aún anatómicamente demostrada, aunque según mi conocimiento tampoco se ha emprendido aún en absoluto una

* Título original: “Über die Bedeutung der Sprache für die Naturgeschichte des Menschen”. Traducción de Juan Antonio Ennis. Publicado originalmente en 1865, por la casa editorial Hermann Böhlau, Weimar.

¹ Esta idea no es nueva. Lorenz Diefenbach ya la ha expresado en *Vorschule der Völkerkunde*, Frankfurt a. M. 1864, p. 40 sigs. Cfr. también la observación siguiente.

investigación comparativa de los órganos lingüísticos de pueblos hablantes de diversas lenguas. Es posible, e incluso quizás hasta probable, que una investigación tal no conduzca a ningún resultado en alguna medida suficiente; no obstante, esto no bastaría para hacer vacilar la convicción de la existencia de las condiciones material-corpóreas de la lengua. Pues quién querría rehusar la existencia de tales relaciones materiales, que por el momento se sustraen aún a la percepción inmediata, y que quizás jamás puedan ser hechas objeto de observación directa. El efecto de dimensiones y condiciones mínimas es con frecuencia uno en extremo considerable; basta con recordar solamente las manifestaciones espectrales, del color y del olor en las plantas, el significativo efecto del espermatozoide fecundante sobre géneros completos y más allá de ellos, y casos similares. Probablemente, las diferencias lingüísticas sean los efectos de las mismas diferencias mínimas en la constitución del cerebro y de los órganos del habla.²

Sea como fuere, dado que no conocemos de manera directa al menos los fundamentos materiales de la lengua, no nos queda más que tomar en consideración solo los efectos de aquellos fundamentos, y proceder así con la lengua del mismo modo que los químicos lo hacen con el sol, cuya luz estudian, puesto que no pueden hacer objeto de su investigación la fuente de esa luz.

Lo que –para seguir con las semejanzas– es la luz para el sol, eso es el sonido audible en la lengua; como allí la constitución de la luz da testimonio de su fundamento material, así también aquí la constitución del sonido. Las condiciones materiales que subyacen a la lengua y el efecto audible de estas condiciones se comportan entre sí como causa y efecto, como esencia y manifestación en fin; el filósofo diría: son idénticas. Creemos por lo tanto que estamos justificados al considerar las lenguas directamente como algo materialmente existente, aunque no las podamos tomar con las manos ni ver con los ojos, sino casi solamente percibir las a través del oído.

La objeción que se me ha hecho muchas veces, de que trato erróneamente los organismos lingüísticos como existencias reales, cuando serían solo la consecuencia de actividades de los órganos pero de ninguna manera realidades materiales, creo haberla refutado con la consideración recién efectuada.

No obstante, antes de que intente hacer valadero lo expuesto para la historia natural del hombre, debo confrontar aún una objeción contra la mencionada sustancialidad de la lengua, que quizás le haya venido a la mente a alguno que otro entre los lectores. Me refiero al aprendizaje de lenguas extranjeras.

Si la lengua se apoya realmente en una constitución determinada del cerebro y los órganos del habla, ¿cómo puede uno entonces apropiarse de una lengua o incluso de muchas lenguas más allá de la lengua materna? Volviendo sobre un símil empleado al comienzo, podría replicar brevemente que puede aprenderse a caminar en cuatro patas, incluso solo con las manos, sin que nadie vaya a dudar de que nuestro andar natural está condicionado por la constitución de nuestro cuerpo y de que sea solo una manifestación de la misma. Pero tratemos con mayor precisión la objeción planteada acerca del aprendizaje de lenguas extranjeras. Sobre todo debe preguntarse si alguna vez se apropia uno completamente de una lengua extranjera. Yo lo dudo, y lo admito a lo sumo en el caso de alguien que trueque su lengua materna por otra en una edad temprana. En ese caso, sin embargo, este se transforma en una persona distinta de la que era: el cerebro y los órganos del habla se desarrollan en una dirección diversa. No me digan que N. N. habla y escribe con la misma facilidad alemán, inglés, francés, etc. Cuanto menos pondré en entredicho el hecho; pero incluso admitiendo que sea este el caso, admitiendo que un individuo pudiera ser al mismo tiempo alemán,

² Cfr. Th. H. Huxley, *Zeugnisse für die Stellung des Menschen in der Natur*, trad. de J. V. Carus. Braunschweig 1863, p. 117 n.

francés, inglés, pongo a consideración que todas las lenguas indogermánicas pertenecen a una y la misma estirpe lingüística y que vistas bajo una perspectiva ampliada aparecen como especies de una y la misma lengua. Sin embargo, que se me enseñe primero al hombre que hable y piense completamente igual en alemán y en chino, o en neocelandés y en cheroqui, o en árabe y en hotentote, o en algunas lenguas diferentes hasta en su más íntima esencia. No creo que pueda haber alguien así (de hecho, con frecuencia no nos es siquiera posible producir los sonidos propios de las lenguas extranjeras, o hasta incluso solamente captarlos correcta y precisamente con el oído), tanto como no habrá quizás jamás uno y el mismo individuo que esté en condiciones de moverse con igual presteza y comodidad en dos pies y en las cuatro extremidades.

Hasta un cierto grado nuestros órganos son, de todas formas, por así decirlo, flexibles y capaces de desarrollar actividades que no les son otorgadas desde el hogar; una función determinada, no obstante, será y permanecerá constantemente como la suya propia. Así sucede también con los órganos cuya función es la lengua. De parte de la posibilidad de la apropiación más o menos perfecta de lenguas extranjeras no se puede deducir así ninguna objeción al afirmado fundamento material de la lengua en la constitución del cerebro y de los órganos del habla.

Si tenemos entonces derecho a ver en la lengua algo real y materialmente existente, gana así sobre todo ya un significado esencialmente más profundo la percepción de que la lengua y, al menos de acuerdo con las conocidas investigaciones de Huxley, solo la lengua es aquello a través de lo cual el ser humano se diferencia de los antropoides más próximos a él (gorila, chimpancé, orangután, gibón).³ La lengua, esto es, la expresión del pensamiento mediante palabras, es la única característica exclusiva del ser humano. Gestos sonoros, en parte gestos sonoros muy desarrollados para la expresión inmediata de sus sensaciones y sus deseos tiene también el animal y por medio del mismo es posible una transmisión de las sensaciones entre los animales, como por medio de otros gestos. A través de la expresión de las sensaciones, pueden de todos modos suscitarse imágenes en los otros. Por eso se suele hablar también de lenguas animales. Sin embargo, ningún animal posee la capacidad de la expresión inmediata del pensamiento a través del sonido. Y solo esto se entiende por “lengua”. Cuánto se reconoce esto también de hecho en nuestra conciencia habitual lo demuestra la consideración de que tomaríamos sin duda de inmediato por humano a un mono provisto de lengua, incluso a un animal completamente diverso del ser humano en su apariencia exterior. Es sabido que los sordomudos poseen la lengua en potencia tanto como los realmente hablantes. Esto quiere decir, con otras palabras, que su cerebro y su órgano fonador están formados en lo esencial del mismo modo que en los humanos con órganos auditivos sanos. Si no fuera este el caso, no podrían aprender a leer ni a hablar. Por el contrario, las personas atrofiadas realmente desprovistas de habla, microcéfalos, etc., no deben considerarse seres humanos completos, personas reales, ya que no solo les falta la lengua, sino también la aptitud para la misma.

Empero, si la lengua es el *humanum kai' ε'ζοχην*, puede pensarse si no es justamente en ella que debiera tomarse justamente el fundamento de la división para una organización científica sistemática de la humanidad, si no habremos encontrado en la lengua el fundamento de un sistema natural del *genus homo*.

Cuán poco constantes son igualmente la constitución del cráneo y otras de las llamadas diferencias raciales. La lengua, por el contrario, es siempre un rasgo completamente constante. Un alemán puede alguna vez quizás equiparar al más negro de los negros en la cabellera y el prognatismo, jamás hablará desde casa sin embargo una lengua de negros. Cuán poco esenciales son las llamadas diferencias raciales para el hombre lo demuestra la

³ Th. H. Huxley, *Zeugnisse für die Stellung des Menschen in der Natur*, trad. de J. V. Carus, Braunschweig, 1863, p. 127.

percepción de que miembros de una y la misma estirpe lingüística pueden manifestar particularidades raciales diferentes. Así, el turco otomano sedentario es de raza caucásica, mientras otros, de las llamadas tribus turco-tartáricas, llevan el tipo de la raza mongólica. Del otro lado, por ejemplo, el magiar y el vasco no se diferencian esencialmente en su manifestación física del indoeuropeo, mientras que lingüísticamente húngaros, vascos e indogermanos se diferencian ampliamente. Más allá de su inconsistencia, las diferencias raciales solo difícilmente pueden ser organizadas en un sistema científico natural. Por el contrario, las lenguas se integran fácilmente en un sistema natural, especialmente de acuerdo a su costado morfológico (de acuerdo a la forma fonética), de manera similar a otros seres vivos. Este no es el lugar para desarrollar esto con mayor precisión. De acuerdo con nuestro punto de vista, así, la constitución externamente perceptible de los rasgos craneales y faciales y del cuerpo es absolutamente menos esencial para el hombre que aquella no menos material pero infinitamente más delicada conformación corporal, cuyo síntoma es la lengua. El sistema natural de las lenguas es según mi opinión lo mismo que el sistema natural de la humanidad. La lengua está vinculada hasta en lo más preciso con la totalidad del más alto quehacer vital del hombre, de manera tal que este experimenta simultáneamente en y con la lengua la misma consideración que a ella se debe.

No obstante, naturalmente no ponemos en ningún modo en cuestión que la constitución del cerebro y la forma del cráneo condicionada por el cerebro también sean de importancia para la lengua. Del mismo modo, tampoco nos viene a la mente poner en duda la elevada importancia de la investigación precisa de las diferenciaciones corporales del ser humano; solo quisiéramos poner en cuestión la justificación de estas diferencias como fundamento para la clasificación de la humanidad ahora viviente. Puede organizarse a los animales de acuerdo a su conformación morfológica; para el ser humano la forma externa parece ser en alguna medida un momento ya superado, uno más o menos insignificante para su esencia verdadera, propia. Para clasificar al ser humano nos hacen falta, pensamos, criterios más finos, más elevados, privativos exclusivamente del ser humano. Los encontramos, como se ha dicho, en la lengua.

Sin embargo, la lengua nos parece importante no solamente para la construcción de un sistema de la humanidad en el marco de las ciencias naturales, tal como se ofrece ahora a examen, sino también para una historia evolutiva de la misma. Hasta ahora hemos llegado al resultado de que la lengua caracteriza en definitiva al ser humano como tal, y de que por lo tanto también las diferentes gradaciones de la lengua deberían ser consideradas como los rasgos característicos perceptibles de las distintas gradaciones del ser humano (evito deliberadamente, por razones obvias, las expresiones “clase” o “especie” o “variedad”). Ahora bien, la lengua se revela a la investigación científica nítidamente como algo devenido del todo gradualmente, como algo que alguna vez no estuvo ahí presente. La anatomía comparada de las lenguas demuestra que las lenguas más elevadamente organizadas se desarrollaron muy paulatinamente a partir de organismos lingüísticos más simples, probablemente en el transcurso de periodos muy extensos: la glótica al menos no encuentra nada que contradiga la suposición de que las expresiones más sencillas del pensamiento por medio del sonido, de que las lenguas de más sencilla estructura surgieron paulatinamente de gestos sonoros y onomatopeyas como las que poseen también los animales. Dar una fundamentación más detenida a esto nos llevaría aquí muy lejos, y también creo que justamente del lado de la actual investigación en ciencias naturales estos resultados de la glótica podrían ser tomados por lo menos como improbables.

Una refutación de la opinión de que la lengua sería la invención de un individuo, o de que habría sido comunicada al ser humano desde fuera, es algo que creo tener buenas razones para ahorrarme. La lengua, a la que nosotros también vemos en el breve periodo de la vida

histórica del hombre hasta aquí en modificación constante, es para nosotros así el producto de un devenir paulatino de acuerdo a determinadas leyes vitales, que estamos en condiciones de exponer en sus rasgos esenciales. Asimismo, con la suposición de un fundamento material de la lengua en la constitución somática del ser humano solo se sostiene la del surgimiento y desarrollo de la lengua simultáneamente con la conformación del cerebro y los órganos del habla.

Empero, si recién la lengua es la que hace al hombre, entonces nuestros antepasados no fueron desde el comienzo lo que nosotros llamamos ahora ser humano, ya que se convirtieron en ello solo con la formación de la lengua. La formación de la lengua es sin embargo equivalente para nosotros al desarrollo del cerebro y de los órganos del habla. Así, los resultados de la glótica conducen decididamente a la suposición de un desarrollo paulatino del hombre a partir de formas inferiores; una opinión a la que las ciencias naturales de nuestros días han llegado también, como se sabe, desde un lado completamente distinto. Ya por eso la lengua debería ser de importancia para la investigación en ciencias naturales, en especial para la historia evolutiva del ser humano. No obstante, la consideración y análisis de las lenguas nos aporta también los fundamentos para claves que conducen a perspectivas más precisas sobre la época primitiva de nuestro género.

Las lenguas que hasta ahora podían ser diseccionadas hasta en sus elementos más simples, y aquellas que han permanecido en los niveles evolutivos más simples muestran que la forma más antigua de las lenguas en todas partes fue esencialmente la misma. El más antiguo componente de las lenguas son los sonidos para la designación de opiniones y conceptos. No estamos hablando aún de expresiones de relaciones (diferenciación de las clases de palabras, declinación, conjugación), todo esto se revela como algo aparecido más tarde, a cuyo desarrollo algunas lenguas no llegan para nada, ni tampoco todas las lenguas lo han hecho de un modo igualmente acabado. Así, por solo hacer mención de un caso, el chino no dispone aún hoy de ninguna diferencia sonora entre clases de palabras; verdaderos verbos, a diferencia de los sustantivos, solo he encontrado entre las lenguas que se me han hecho conocidas en el indogermánico.⁴ Morfológicamente, aunque solo morfológicamente, de acuerdo con nuestros resultados, todas las lenguas se parecen originalmente entre sí en lo esencial; por el contrario, también estos primeros comienzos debieron ser diversos ya tanto en el sonido como también en los conceptos y pareceres reflejados fonéticamente y más aún en cuanto a su capacidad de desarrollo. Por tanto, es positivamente imposible remontar todas las lenguas a una y la misma lengua originaria [*Ursprache*]. Más aún, a la investigación desprejuiciada se revelan tantas lenguas originarias como estirpes lingüísticas pueden distinguirse. En el transcurso del tiempo, sin embargo, desaparecen lenguas una y otra vez, jamás surgen nuevas, ya que esto solo podía tener lugar en aquel periodo en el que el ser humano se convirtió en ser humano. En los periodos manifiestamente muy extensos anteriores a la historia como tal, es altamente probable que hayan perecido innumerables lenguas, mientras otras se expandieron mucho más allá de su territorio originario, diferenciándose así en una multitud de formas. Por lo tanto, debemos presuponer un número incontable de lenguas originarias.

Conocemos la vida posterior de las lenguas a partir de la observación inmediata. Las mismas leyes vitales que podemos observar realmente, las consideramos válidas también para los periodos que se sustraen a la observación inmediata, y así también para la primera emergencia de las lenguas, que solo puede ser pensada también como un devenir. Ahora, ya que podemos percibir que en la vida lingüística tardía entre los hombres que viven bajo condiciones esencialmente iguales, también la lengua se transforma en igual medida, y de hecho en todos los individuos que hablan la lengua, espontánea y unánimemente, así debemos

⁴ Cfr. *Die Unterscheidung von Nomen und Verbum in der lautlichen Form*, Leipzig, 1865 (Abhh. der philol. histor. Classe der kön. S. Ges. der Wiss. Bd. I No. V).

concluir también que entre seres tales que vivieron bajo condiciones similares, es decir en mutua proximidad, también en lo esencial se desarrolló una y la misma lengua en todos los individuos. Cuanto más diversas fueran las condiciones externas bajo las cuales los hombres se desarrollaron como hombres, tanto más distintas habrán sido también sus lenguas.

A pesar de la perturbación de las condiciones originales en tiempo histórico y ciertamente también en los periodos prehistóricos ya más extendidos, a través de migraciones, guerras, acontecimientos naturales, etc., se puede reconocer ahora que las lenguas de partes enteras de la Tierra, con toda su diversidad, muestran sin embargo un carácter coincidente, como lo hacen la flora y fauna de zonas enteras. Esto es cierto sobre todo en el caso de las lenguas aborígenes del nuevo mundo, y más allá también para todas las lenguas del mundo insular austral (las lenguas malayo-polinésicas y las lenguas de los negros australes hasta ahora dadas a conocer). En estos amplios territorios se manifiesta una notable uniformidad de las lenguas, sin que por ello se las pueda derivar a todas de una lengua base. Las que están dispersas de la manera más variopinta son las lenguas de Eurasia, que para nosotros cuenta lingüísticamente como una parte del mundo, aparentemente a consecuencia del comienzo temprano aquí de la vida histórica. Pero incluso aquí se pueden reconocer rastros de un tipo común en grupos completos de diversas familias lingüísticas.⁵

La emergencia de las formas lingüísticas sobre la Tierra, esto es, el desarrollo de los órganos de los que depende la lengua, parece por lo tanto haber dependido de ciertas condiciones definidas. Tenemos motivos para conjeturar que en zonas esencialmente similares, vecinas, independientes entre sí, emergieron lenguas parecidas, y que en otras partes de la superficie terrestre se desarrollaron tipos lingüísticos diferentes. Tales conclusiones otorgadas por la consideración de las lenguas para un cierto periodo en la historia evolutiva de la humanidad no deberían carecer de valor para la atención de la investigación actual en ciencias naturales, aún cuando no se fuera propenso a reconocer a la lengua y su fundamento material aquella alta significatividad en la organización de la vida humana que nosotros quisiéramos otorgarle.

Como cierre de este esbozo solo se señalará aún que la emergencia y desarrollo de la lengua se da antes de la historia en sentido propio y más estricto. Lo que llamamos historia o vida histórica llena hasta ahora solo un pequeño fragmento del periodo que el hombre como tal ha vivido ya. Dentro de la historia vemos a las lenguas crecer en sonido y forma solo de acuerdo con determinadas reglas vitales. Las lenguas que ahora hablamos son, como todas las lenguas de pueblos históricamente significativos, ejemplares lingüísticos seniles. Todas las lenguas de los pueblos históricamente desarrollados, en la medida en que nos son conocidas en una medida suficiente, y con ellas también sus órganos corporales del habla, se encuentran hace tiempo más o menos en metamorfosis degenerativa. Formación lingüística y vida histórica se suceden en el transcurso de la vida de la humanidad.

Así, posiblemente nos sea permitido dividir la vida del género humano hasta ahora en tres grandes periodos evolutivos, que desde luego transcurrieron solo de manera paulatina y no simultáneamente en todas partes. Estos periodos son 1) el periodo del desarrollo del organismo corporal según sus rasgos esenciales, probablemente de duración dispar frente al periodo siguiente, y considerado aquí por nosotros como un segmento solo por mor de brevedad; 2) el periodo del desarrollo de la lengua; 3) el periodo de la vida histórica, en cuyos comienzos aún nos encontramos y en los cuales algunos pueblos de la Tierra parecen no haber ingresado aún.

Así como podemos percibir ahora que ciertos pueblos, como las tribus indígenas de Norteamérica, a causa de sus lenguas infinitamente complicadas y en formas verdaderamente

⁵ Cfr. *Die Darwinsche Theorie und die Sprachwissenschaft*, Weimar, 1863, p. 24 sigs.

proliferantes son ineptos para la vida histórica y por eso sucumben desde ahora a una degeneración o a la ruina misma, así también es altamente probable que no todos los organismos que emprendieran el camino al devenir humano se hayan desarrollado hasta el punto de la formación lingüística. Una parte de ellos se detuvo en su desarrollo, sin ingresar a nuestro segundo periodo evolutivo, sino que sufrió una degeneración y, como sucede con todas estas atrofas, la paulatina ruina. Los restos de estos seres desprovistos de habla, atrofiados, no arribados al devenir humano, se nos presentan en los antropoides. Y permítaseme así cerrar con la referencia a estos favoritos de la investigación actual en ciencias naturales estas fugaces notas acerca del significado de la lengua para la historia natural del hombre.